

Capítulo 4

Narrativas, apropiación significativa de la realidad

Por un fluir, por lo esencial,
por lo que nace, por lo que muere,
por lo sentido y lo sin sentido,
por lo que hay y nunca hubo,
por una historia, por mil historias
que sean contadas, pero sin huecos,
por lo diverso, por este caos desordenado
con mil encantos.

ESTEMAN Y LAFOURCADE

Hay una escena de mi vida que tengo muy presente en mi memoria. Recuerdo que unos días antes de graduarme de licenciado había estado fantaseando con el hecho de ser profesor, pensaba en cómo sería mi primera clase, qué tipo de estudiantes tendría, qué habría de enseñar y cosas por el estilo. Hasta ese momento me sentía un estudiante más, quizá me comportaba como tal, veía las cosas como tal. Una vez en el auditorio, con toda la indumentaria respectiva para la ceremonia de grado, aún sentía que era estudiante, que todo sería de la misma manera siempre.

Sin embargo, no sé qué sucedió en mí aquel día, después del juramento, cuando mencionaron mi nombre anteponiendo el *título* de licenciado en Filosofía, y luego de recibir el cartón que me otorgaba e investía con el poder para enseñar, sentí una responsabilidad muy grande sobre mis hombros. Sentía que ya no era más un estudiante sino alguien con un compromiso por la formación de personas. Ya tenía yo una etiqueta dada por un validador. Yo, entonces, ya era un licenciado.

Quizá ese sea el poder del lenguaje, el de anunciar y nominar la realidad. En aquel acto simbólico no solo existe un protocolo o un modo de llamar al sujeto que ha cumplido con unos requisitos, también existe una tradición, un conjunto de pensamientos, de ideas y maneras de construir y gestionar el conocimiento sobre la realidad del fenómeno llamado educación. Estas construcciones hablan de un conocimiento marcado por el tiempo y el espacio.

En mi ritual de graduación se narraron palabras de otros tiempos, cargadas de sentido para los que estábamos ahí. Y eso era, precisamente, lo que hacía que dichas palabras tuvieran fuerza de acción sobre nosotros, sobre lo que nos convertimos en ese momento. Desde allí, desde esa etiqueta, ahora veo, juzgo, leo, interpreto, comprendo y narro mi realidad.

En este apartado nos dedicaremos a definir y ejemplificar el concepto de narrativas y cómo estas construcciones se constituyen en mecanismos mediante los cuales nuestra conciencia apropia y comunica esa apropiación de la realidad a los demás.

De las cuevas a los rascacielos. Cerebro, pensamiento y palabras

Hemos evolucionado no solo para entender otros cerebros, también para crear una simulación interna sobre nosotros y nuestra realidad, para que desde allí podamos articular, escuchar y entender un lenguaje. También, para crear y darles sentido a realidades

abstractas, más allá de la experiencia directa con el medioambiente. Tal vez sea ello lo que nos permitió seguir aquí: ver y comprender otras realidades más allá de lo físico.

Este medio, que organizamos a partir de etiquetas y modelos, nos lleva a establecer patrones y significados, procesos que son interdependientes, se dan de forma simultánea y son fruto de la evolución, que no solo nos ha permitido crear tales interpretaciones de la realidad, sino que ha constituido estructuras que obligan a nuestra conciencia a actuar, relacionarnos y comprender la realidad de una manera particular.

La evolución le ha permitido al cerebro-conciencia almacenar y aprender información y conocimientos. Características, que como ya se comentó en el segundo capítulo, pueden verse afectadas por sustancias, sentimientos, ideologías —educación, política y religión— y enfermedades. Verse afectado no es una situación del todo negativa; si ello no se diese no habría cómo aprehender y almacenar información sobre la realidad, de hacer una simulación interna, de sentir la calidez corporal de otra persona, de apreciar una sonrisa o una caricia en el momento oportuno.

El cerebro ha adquirido una estructura que le permite y le hace interpretar los estímulos externos e internos de la forma en que lo hace. Bien podría ser de otra manera. Podemos interpretar las ondas o partículas de luz, irradiadas por nuestro Sol, que impactan sobre los objetos, las personas y la naturaleza, como colores y sombras. También nos ha permitido interpretar ciertos estímulos con calificativos como duro, líquido, frío, cálido, alto, bajo, húmedo, seco, estridente, silencioso, áspero, suave, dulce, agrio, perfumado y hediondo, entre otros. Muy útiles todos para sobrevivir.

Significa, entonces, que la evolución nos dotó de una estructura corporeocerebral para recibir e interpretar estímulos que dan como resultado una imagen o simulación interna de la realidad. Imagen con la cual nuestro sí mismo y conciencia se relacionan con el entorno.

Además de estímulos físicos¹, existen otros que aunque no son tangibles pueden ser percibidos por nuestro cerebro y, en consecuencia, estructurar o modificar nuestra simulación interna y relación con el mundo. Este es el caso de las palabras. El lenguaje ha cambiado nuestra manera de relacionarnos y en él encontramos el canal para comunicar nuestros pensamientos, sentimientos y percepciones sobre la realidad. Allí están consignadas todas nuestras aspiraciones y deseos, “es el depositario de nuestros prejuicios, creencias y presunciones” (Ngozi-Adichie, 2017, p. 44).

Al parecer los primeros humanos tenían rudimentarios mecanismos sonoros para comunicar sus impresiones y experiencias. Esos precarios sonidos bastaban para anunciar la llegada de una presa, de un depredador o sencillamente el lugar donde se podía encontrar comida para la manada. Además, les permitía expresar las emociones y los problemas que tenían en mente. A través de este tipo de lenguaje oral aprendían escuchando y viendo lo que hacían los otros “por medio del entrenamiento —acompañando a cazadores experimentados, por ejemplo—; por discipulado, que es una especie de aprendizaje; escuchando; por repetición de lo que oyen [...]” (Ong, 2004, p. 18).

Quizá también tenían pequeñas historias, relatos de lo que les pasaba en el día, de lo que habían encontrado y con qué animales se habían enfrentado. Estas historias les servían para pasar conocimientos, jerarquías e ideas sobre el mundo, pues “mediante sus actos cotidianos de significación, la gente representa la estructura social, afirmando sus propias posiciones y sus propios papeles” (Halliday, 1994, p. 10).

1 Hoy la idea de físico, como tangible, ha cambiado. La física cuántica va por esa línea, para comprender un poco más esta idea puede leerse el magnífico texto de Sonia Fernández-Vidal y Francesc Miralles, *Desayuno con partículas* (2013).

Todo esto pueden ser elucubraciones científicas sobre la base de hallazgos morfológicos en los cráneos de aquellos humanos neandertales, pues ya en ellos aparecen estructuras que dan cuenta de un órgano fonador y la presencia del gen FOXP2 (Muñoz-Pérez, 2009), que está relacionado con el lenguaje en los humanos modernos. Sin embargo, las ciencias se ven enfrentadas a un problema a la hora de entender el mundo social y mental de dichas comunidades. La inmaterialidad del lenguaje es una gran barrera. Sabemos que el lenguaje expresa la organización y sentidos que una cultura crea del mundo, pero en este momento no tenemos mecanismos para determinar las palabras que usaban ni la estructura que les daban. Esto es un gran vacío.

Ahora bien, el ser humano moderno no dista mucho de las otras especies *Homo* que dominaban un lenguaje. Lo que sabemos gracias a investigaciones en comunidades orales que no han sido tocadas por la técnica de la escritura es que:

No solo la comunicación, sino el pensamiento mismo, se relacionan de un modo enteramente propio con el sonido. [...] No obstante, la riqueza de la gesticulación, los complejos lenguajes gestuales son sustitutos del habla y dependen de los sistemas orales del mismo, incluso cuando son empleados por los sordos de nacimiento. (Kroeber, 1972)

En otras palabras, tanto el lenguaje gestual como el oral remiten a modos de concebir el mundo, de relacionarse con las otras personas y la naturaleza. El lenguaje es la exteriorización de las maneras como piensa, organiza y gestiona el conocimiento una comunidad. Cuando esta narra, se narra a sí misma expresando sus intereses y estructuras sociales.

En la dinámica de dichas formas de narrar el mundo encontramos lo que es una comunidad, pues “el hecho que las historias [narrativas] puedan pasarse rápida y convincentemente en una comunidad nos informa sobre esa comunidad y su estructura, así como también nos dice algo sobre las propiedades de las

historias que funcionan o no” (Guerin y Miyazaki, 2003, p. 258). Estas narrativas se validan a sí mismas, en su expresión descubrimos las funcionales y disfuncionales, las oficiales y soterradas.

Para José Linaza, los niños, antes de tener acceso al lenguaje, son capaces de “conocer aspectos importantes del entorno físico y social y de comunicarse con quienes le cuidan, mediante gestos. Aprender a hablar supone también aprender a utilizar ese lenguaje para lograr determinados resultados sobre el mundo y las personas que le rodean” (2007, p. 26).

Cuando aprendemos el lenguaje, no solo reconocemos una serie de contenidos, significados y estructuras, también articulamos el modo como podemos hacer uso de ellos. No quiere decir que podamos dar cuenta de cómo funciona, solo sabemos utilizarlo. El niño que está aprendiendo a hablar no sabe cómo estructurar organizadamente sus palabras; sin embargo, ha aprendido los efectos de algunas de ellas sobre los adultos, en especial sobre los familiares y personas cercanas.

Significa, entonces, que nuestro cerebro ha evolucionado para darnos la oportunidad de simular e interpretar nuestra realidad a partir del lenguaje. La simulamos en nuestro interior y la interpretamos por medio del lenguaje. Comunicamos y aprehendemos lo que otros nos comunican. Nuestros oídos y cerebro están dotados con unas características que les permiten leer las señales sonoras pronunciadas y que viajan en el aire desde otro ser humano como sonidos con sentido. Además, aprendemos que por medio de esos sonidos logramos causar efectos sobre los otros.

Tal vez sea uno de los avances evolutivos más grandes que conseguimos. Poder comunicarnos nos brindó grandes horizontes a los seres humanos. Grace Andrus de Laguna piensa que el habla “es el medio más importante a través del cual se efectúa la cooperación humana. Es el medio por el cual las diversas actividades de los hombres se coordinan y correlacionan entre sí para alcanzar objetivos comunes y recíprocos” (1963, p. 19). En la misma línea,

Harari (2015; 2016) propone que precisamente las ficciones comunes ayudaron a que gran cantidad de seres humanos cooperaran en función de un mismo fin. Esta fue la gran revolución cognitiva que se dio hace más de setenta mil años.

Si el lenguaje oral posee fuerza por su cotidianidad, espíritu de cercanía y acceso universal, con la invención de la escritura aprendimos a descontextualizar la palabra. La liberamos del tiempo y el espacio. Con dicha “consignación de la palabra en el espacio, [se] extiende la potencialidad del lenguaje casi ilimitadamente; da una nueva estructura al pensamiento y en el proceso convierte ciertos dialectos en *grafolectos*” (Ong, 2004, p. 17).

Imaginemos por un momento un mensajero con la tarea de recorrer un gran territorio para llevar un comunicado muy importante para el emperador, que debe contarle una gran cantidad de sucesos ocurridos, como personas que están acabando con las arcas y que habitan en la frontera del reino. Como aún no se posee un lenguaje escrito, tiene que memorizar punto por punto cada parte del mensaje, lo cual le lleva tiempo.

A pesar de que logra aprendérselo, puede que en el camino algunos sucesos le hagan variar su percepción del mensaje o quizá se accidente, caiga en una emboscada y muera. El mensaje llega cambiado —como en el juego del teléfono roto— o tal vez nunca alcanza su destino. Entonces, la escritura permitió subsanar parte de esas dificultades. Se constituye en la posibilidad de llevar mayor cantidad y calidad de información, evitando la mediación de la memoria y logrando una mejor portabilidad del mensaje: si el mensajero muere o se accidenta, otro puede sustituirlo. Es más, si el soporte del mensaje —papel, tablilla de arcilla, madera o pergamino— no es destruido, puede durar por mucho tiempo, de manera que otras generaciones tendrán la posibilidad de acceder a él.

De igual modo que los gestos, la escritura contiene muchos rasgos y estructuras recurrentes de la palabra pensada y hablada, “*leer* un texto quiere decir convertirlo en sonidos, en voz alta o en

la imaginación, sílaba por sílaba en la lectura lenta o a grandes rasgos en la rápida” (Ong, 2004, p. 17). Para guardar información en una cultura oral, como dijimos, es necesario que se destine mucha memoria. Para recordar es necesario la repetición de refranes, frases, dichos y versos sobre cosas memorables, únicas (p. 41). Contrario a ello, la escritura permite que se consigne con más detalles y mediante diversos materiales lo que experimentamos. Con la escritura se libera espacio en la memoria del cerebro para articular otras creaciones. La imaginación se abre a más horizontes.

Libre del espacio en memoria, tiempo y lugar, el lenguaje pudo viajar más. Con las fronteras superadas, cada lenguaje impactó en diferentes grupos y generaciones de seres humanos. Un mismo mensaje hirió o hinchó los corazones de cientos de personas, una teoría condujo las formas de concebir o articular la realidad de muchos. Aún tenemos, por ejemplo, en nuestras aulas, las palabras de Homero, Sócrates, Platón, Aristóteles, Confucio, Jesús, Mahoma y Buda, entre otros.

Así, hemos de pensar que nuestras maneras de narrar en la actualidad, cuando abandonamos las cuevas y las reemplazamos por los rascacielos, no han sido creadas en el aire. Por el contrario, arrastran tras de sí un sinnúmero de estructuras y concepciones que nos han permitido consolidar nuestro mundo actual.

Todos somos Pi. Verdades históricas y verdades narrativas

Algunos átomos no se pueden unir a otros por la fuerza repelente de la energía atómica. De esa misma manera los seres humanos no nos podemos unir sustancialmente a otro para que nuestras conciencias puedan comprenderse, como sí sucede en la película de ciencia ficción dirigida por James Cameron (*Avatar*, 2009), donde la tribu Na’vi puede conectarse con los animales y algunas

especies de árboles para comunicarse y entender lo que sienten y piensan, no solo los presentes, sino también los que ya murieron.

Para salvar ese abismo del solipsismo epistemológico que sufrimos los seres humanos, el lenguaje, aunque sea equívoco y nos distancie en algunas oportunidades a unos de otros (Ricoeur, 1970), se convierte en el único medio que nos permite comunicarnos. Estamos, cada uno de nosotros, sumergidos en la individualidad de nuestras conciencias, aun así los lenguajes que poseemos, en medio de un espacio y tiempo, nos permiten a los sujetos y las culturas —como los electrones gravitan alrededor de un mismo núcleo— acercarnos un poco.

Estos lenguajes condicionan nuestro *sabernos*, porque cargan tras de sí las experiencias y memorias continuas o discontinuas que hemos logrado construir como personas en medio de una cultura. En ellos existen de forma implícita conceptos que definen las maneras y contenidos significantes. Esto permite a sus usuarios comprenderse.

Además, los lenguajes cuentan con dos dimensiones: la pragmática y la temporal. Por un lado, se habla de dimensión pragmática, puesto que los conceptos y significados “no surgen de una esencia *interior* relativamente independiente del mundo social, sino de la experiencia en un mundo de significados, imágenes y vínculos sociales, en el que todo el mundo se encuentra inevitablemente implicado” (Rosaldo, 1984).

La pragmática del lenguaje me permite comprender los re-truécanos y guiños que se presentan cuando me comunico con los otros. No así para las personas con síndrome de Asperger, que como hemos visto, cuando logran ser funcionales y se comunican, no lo hacen al ciento por ciento, pues se les dificulta ir más allá del nivel de literalidad del lenguaje. También, la pragmática permite que el lenguaje me dé un nombre, un lugar en medio de mi comunidad y le asigne un puesto, en mi simulación interna, una etiqueta, a cada persona, cosa y realidad con la que me relaciono.

Por otro lado está la dimensión de temporalidad, de la cual el lenguaje goza en razón a que se encuentra configurado mediante un “vocabulario de raíz histórica (la historia de cada formación cultural específica) y está consolidado por una estructura narrativa que supuestamente describe el presente y el pasado de la sociedad, y que puede ser estudiada en forma semiótica autónoma” (Jimeno, 2017, p. 12).

Las palabras están cargadas de historia, de movimientos y matices que se les han asignado en medio de un contexto durante el transcurso del tiempo. Si han llegado a una libre circulación no se encuentran en el aire, sino que suman tradiciones y perspectivas de cómo un grupo construye, define y articula sus conocimientos.

Tanto la dimensión pragmática como la temporal se inscriben en las construcciones lingüísticas que circulan en medio de una cultura². A estas construcciones, que son elaboradas por las personas sobre sí, sobre los demás y sobre, en general, el mundo, es lo que llamamos, como indica Jerome Bruner (2009), narrativas. Para el psicólogo, parece que los seres humanos poseemos “una facilidad o predisposición a organizar la experiencia (convirtiendo nuestro mundo visual en figura y fondo, en historia con significado) de forma narrativa, mediante estructuras de tramas y demás” (p. 62).

Evolutivamente nuestra configuración corporal no solo nos permite crear sonidos y articularlos, también nos brinda la posibilidad de escucharlos, interpretarlos y darles sentidos. Tenemos aparato fonador, auricular y cerebro, que atrapan el mundo y lo expresan en palabras, en historias, en narrativas.

2 Hemos de pensar en la cultura como un artefacto que permite a las personas identificarse entre sí y que no necesariamente depende de los marcos fronterizos de un territorio. Esto es claro hoy en día cuando la globalización derriba las fronteras físicas y les abre la posibilidad a miles de pertenecer a un conglomerado cultural. Eso lo evidenciamos en fenómenos como las religiones, que les permiten a muchas personas de diferentes latitudes identificarse.

Las narrativas se van consolidando dentro de un contexto, con los otros y desde nuestro interior. Esa narración no solo es expresión, es también justificación. Eso es precisamente lo que Jorge Molist Pallas, en su novela *La reina oculta* (2009), transforma de una bella manera en metáfora cuando habla del grial:

Muchos poetas hablan del *Grial* y pocos se ponen de acuerdo en qué es realmente, porque cada uno anda caminos distintos en la vida y su búsqueda es distinta. El Grial varía con cada persona, porque es un espejo que refleja nuestras ansias. (p. 571)

El grial, en la literatura medieval, era una especie de plato o receptáculo que poseía ciertas características mágicas, que le permitían a su poseedor obtener algunos beneficios espirituales o físicos. De ahí que su búsqueda se estableciera como un ideal de los caballeros. Por lo que fuese que ofreciera a su poseedor, en las letras de Molist Pallas (2009) podemos extrapolar del concepto de grial una característica esencial de las narrativas: cada ser humano establece unos ideales que le permiten ir consolidando narraciones de la realidad que cobran significado y hacen significar su propia existencia, su vida humana.

Con la narración “se crea mundo de la nada, se puede leer como una imagen y descubrir el sentido, el orden razonable” (Han, 2015, p. 29). Unos narran desde sus disciplinas, otros desde una corriente o perspectiva epistemológica, los hay que lo hacen a partir de los afectos, desde su racionalidad o religiosidad. Entonces, como expresa Ricoeur (1981):

La forma de vida a la que corresponde el discurso narrativo es nuestra condición histórica misma, la mimesis, es una especie de metáfora de la realidad [...]. Se refiere a la realidad no para copiarla, sino para otorgarle una nueva lectura. (Citado por Bruner, 2009, p. 63)

La narrativa no se trata de una copia sino de representación, como creación, de lo que vivimos, de allí que la narración “trate del

tejido de la acción y la intencionalidad humanas y pueda incluso enseñar, conservar recuerdos o alterar el pasado” (Bruner, 2009, p. 68). Cuando narramos reconvencimos y reconstruimos nuestras experiencias haciendo que sean más significativas y *vivibles*, pues es “más fácil vivir con versiones alternativas de una historia que con premisas alternativas de una explicación *científica*” (p. 71).

La narrativa no es simplemente una organización secuencial de acontecimientos o la representación copiada de la realidad, implica la manifestación de la “acción humana, con sus lógicas, personajes, tensiones y alternativas. Es la forma por excelencia de estructuración de la vida y, por ende, de la identidad, y la correlación entre contar una historia y el carácter temporal de la vida humana como necesidad *transcultural*” (Arfuch, 2002). En la narrativa no solo hay una descripción organizada de los sucesos, también contiene fondo, es decir, sentido. Es una manera de darle sentido a eso que pasa con nuestras acciones.

Una metáfora de lo anterior es la novela de Yann Martel (2001), *La vida de Pi*, que fue llevada al cine por la lente de Ang Lee (2012), en *Una aventura extraordinaria*, en la cual el protagonista, Pi (Piscine Molitor Patel), trata de explicar y, desde luego, justificar, mediante diversas narrativas, el origen de su nombre. Situación que constituye el gozne que articula el discurso de la obra, porque es precisamente lo que trata de hacer con todos los acontecimientos de su vida, que giran en torno a su apertura no solo a una sino a tres religiones —hinduismo, cristianismo e islamismo—, pues debido a su gran amor por Dios, tratará de entenderlo por medio de las perspectivas de las diferentes religiones.

Su aventura en altamar, cuando el barco que lo conduce hacia Estados Unidos, junto con su familia y animales del zoológico, es víctima de la marea y naufraga, lo hace narrar dos historias diferentes que dan cuenta de lo vivido. Dos narraciones, de las cuales una de ellas, llena de fantasía y hermosas imágenes, es fundamental por cuanto le permite resignificar y atender de

mejor manera su vida. Y la otra, *real*, fría y dolorosa se configura en una carga para su existencia.

Bruner entiende que existen dos tipos de verdades: las históricas y las narrativas (2009, p. 120). Para continuar con la historia de Pi (Lee, 2012), podemos decir que la verdad histórica haría referencia a los acontecimientos descritos de la forma en que el protagonista los cuenta a los representantes de la compañía japonesa de seguros. Estos hechos fueron expresados en una descripción fría: la experiencia está desprovista de significado para el narrador, no le aporta nada.

En otra óptica, la verdad narrativa se manifiesta en la historia contada por medio de aventuras fantásticas, con la intervención de animales, islas y paisajes ensoñadores. Esta narración carga de sentido cada experiencia que Pi arrastra. La organiza, orienta y da fondo a las acciones, a la vida humana. Esto nos hace pensar que la verdad narrativa:

Con independencia de que sea o no un recuerdo o una ficción encubridores, es válida si se ajusta a la historia *real* de la persona, si se las arregla para captar en su código de algún modo el verdadero problema. (Bruner, 2009, p. 120)

Con la verdad narrativa se solapan las grietas y aleatoriedades de la vida humana, de tal forma que se organiza, ajusta y da sentido a las experiencias. Bruner (2009) también insiste en cinco características esenciales de toda narrativa.

La primera es que son inherentemente secuenciales (p. 60); es decir, se da una secuencia de sucesos, estados mentales, acontecimientos, en los que participan seres como personajes o actores, no como figuras aisladas y cerradas en sí mismas, sino en relación con el lugar que ocupan dentro de la trama expresada. Estos personajes no son estáticos, por el contrario, son dinámicos y representan unas acciones en el mundo de la vida. Así, toda narrativa se trata de la acción humana, que es diferente del

movimiento meramente físico, pues se distingue en razón a la intencionalidad, ya que está orientada hacia algo.

Para Ricoeur existen dos tiempos en la narrativa. Por un lado, el de “una sucesión discreta, abierta y teóricamente indefinida de incidentes [...]”. Por otro, el caracterizado por la integración, la culminación y la conclusión, por lo cual la historia recibe una configuración” (2009, p. 45). En ese sentido, la narrativa implica a la vez un tiempo sucedido, que fluye, y aquel que es, el siempre. Los dos, paso y duración, se manifiestan en la narrativa que relata el suceder y la permanencia humanos: lo que fue, es y será. Con esos tiempos organiza, en secuencia, la acción humana.

No crea el lector que esto es arbitrario, por el contrario, hay una relación directa entre contar y vivir. Digamos que tanto para Paul Ricoeur (2009, pp. 60-68) como para Leonor Arfuch (2002, pp. 88-90) existen dos tiempos: el físico o del mundo y el psíquico o interno del ser humano. El primero “es un tiempo sin presente vivido, es pura sucesión de instantes cualesquiera, cada uno de los cuales tiene el mismo derecho de llamarse ahora, hoy” (Ricoeur, 2009, p. 61), es un continuo uniforme, infinito.

Por el contrario, el tiempo interno remite a un “presente y, en consecuencia, [tiene] una dirección pasada y una dirección futura” (p. 61). Estos tiempos, para el ser humano, se articulan mediante la enunciación, en otras palabras en el tiempo lingüístico. Así, mi narrativa no es solo mía, es de nosotros, porque encuentra sentido dentro de una comunidad temporal, fruto de otras comunidades temporales que ya fueron y legaron sus narrativas.

Una segunda característica de las narrativas es que pueden ser *reales* o *imaginarias* sin menoscabo de su poder como relatos (Bruner, 2009, p. 61), pues lo que establece su organización global o trama es la secuenciación de sus oraciones. Ello implica que no es la verdad o falsedad de estas lo más importante para que una narrativa adquiera sentido. Ricoeur entiende que una narrativa organiza, *unifica* y logra extraer una configuración de una sucesión (2009, p. 58).

Cada cultura posee unas maneras en que circulan sus narrativas, esto habla de una forma de organización de la realidad. De ahí que podamos aludir a diferentes modos de secuenciar o *dejar fluir* las acciones, sucesos y personajes en las narrativas. Por ejemplo, para Han (2015b) el tiempo del humano actual, en la sociedad de rendimiento, transcurre en una narrativa lineal (p. 30). Aquí lo que adquiere sentido no es la repetición sino la novedad, el cambio. A eso le llamamos desarrollo, proceso y cambio. Por eso es tan importante lo nuevo, lo antiguo es condena porque vivir sería repetición. La moda y la tecnología son fieles ejemplos de este modo de secuenciar la vida humana: cada mes aparece una nueva aplicación o una versión mejorada, tenemos cambios en una moda rápida, que no deja tiempo para disfrutar lo que se tiene, porque lo importante es estar *actualizados*.

En oposición a la narrativa lineal, encontramos las narrativas no lineales. Estas maneras de organizar el tiempo narrado entrañan formas circulares, discontinuas (o fragmentadas) y en red. En el primer caso se trata de narrativas que desde el presente van continuamente al pasado y al futuro para poder dar sentido a los acontecimientos. Allí se contiene la idea de ir haciendo más comprensible el sentido, a medida que la narración toca principios y finalidades. Es como la imagen, dentro de la novela de Michael Ende (2015), *La historia interminable*, de un medallón que representa dos serpientes que se muerden la cola entre sí, como el símbolo del infinito. La narrativa continuamente va y viene. El protagonista, Bastian Baltasar Bux, inicia su aventura leyendo una historia, luego pasa a ser el gran héroe, a convertirse en el creador de historias, siendo él mismo una historia: todo termina donde inició. También es frecuente en las narrativas míticas el uso de la estructura circular, los protagonistas van caminando —tienen aventuras, viajan, aman, odian, luchan, son derrotados y vencen— como sobre una escalera en caracol que de tanto en tanto cruza los peldaños ya subidos. De esa forma el

protagonista hace las mismas cosas, que terminan abriendo los horizontes para el lector-escucha, a quien está dirigida la narración. Así lo entiende Han (2015b) cuando dice:

Todo ocupa su lugar, es decir, tiene su significado en un orden (cosmos) que encaja perfectamente. Si una cosa se aparta de su lugar, es devuelta a su sitio. El tiempo la guía. Es un orden. Es justicia. Si alguien mueve las cosas de manera arbitraria, muere. El tiempo espíará su muerte. De este modo se vuelve a restituir el orden eterno. (p. 29)

Todo tiene que volver a su sitio para que recobre el sentido. Si se sale de allí, sencillamente el tiempo lo recompone. En ese tipo de narrativa estamos condenados a seguir haciendo lo mismo. Si bien no como el castigo de Sísifo (Camus, 1985), del que hablamos en el capítulo anterior, y quien tiene que hacer las mismas cosas sin siquiera estar consciente de ello, sí de forma que nuestras historias sirvan para que otros aprendan. Como cuando hemos pasado por una pérdida y nos convertimos en esos amigos reiterativos, que agotan a los demás con la misma historia, una y otra vez.

La narrativa discontinua o fragmentada tiene la particularidad de organizar el tiempo de manera no lineal, no hay un inicio-nudo-desenlace. Por el contrario, va dando saltos, como los electrones de un átomo, en acontecimientos que al parecer no tienen ninguna relación directa entre sí. Es decir, el relato narra acciones humanas sin secuencia, aunque están entramados internamente por su sentido. A esta forma de narrar pertenece la trilogía fílmica dirigida por Alejandro González Iñárritu y escrita por Guillermo Arriaga, *Amores perros* (2000), *21 gramos* (2003) y *Babel* (2006). En la cual la principal característica formal es cómo se presentan los acontecimientos generados o padecidos por los protagonistas. La trama es fragmentada, en ocasiones empieza por el final, otras por el inicio o por la mitad de la historia. Esto contribuye a resaltar la hipótesis del guionista y director: aunque

los protagonistas no tengan una aparente relación³, en este mundo globalizado, un acontecimiento, una decisión, puede desencadenar una serie de situaciones que entranan y afectan a todos.

Este tipo de secuenciación de las acciones humanas, más que en la forma hace énfasis en la estructura de sentido. Se trata de hipertextualidad, lectura discontinua, aleatoriedad de acontecimientos que adquieren su organización cuando la conciencia les da sentido. Ello se debe en parte a las lógicas digitales que tenemos hoy en día.

Una última forma de narrar las acciones humanas, que quisiera proponer, es la de red. Como advertimos antes, la narrativa lineal entrama una lógica que se caracteriza por la idea de desarrollo y de novedad. Esto implica que lo importante no está aquí ni ahora, sino en el futuro. Allá, donde está el objetivo de nuestra vida. Ello conlleva necesariamente que siempre estemos pensando en prospectiva. Más allá está nuestro ideal, el lugar perfecto, la persona perfecta, el trabajo perfecto, la vida perfecta. Aquí, ahora, solo tenemos prototipos del allá.

3 En *Amores perros*, Octavio y Susana, Daniel y Valeria, y El Chivo y Maru representan tres historias, de mundos diferentes (un chico de barrio amante de las peleas de perros, un gran empresario que sostiene una relación extramatrimonial con una modelo y un expresidiario que ha sido profesor universitario y se ha convertido en indigente y asesino a sueldo), que terminan cruzándose por un accidente en el marco de la vida en Ciudad de México. En *21 gramos* el universo filmico se expande a otros personajes, quienes representan diferentes raíces culturales: Cristina Peck, una madre desconsolada por la muerte de sus hijas y esposo, Paul Rivers, un matemático al borde de la muerte por una deficiencia cardíaca y Jack Jordan, un exconvicto que encuentra en el cristianismo una manera radical de salir de los problemas. Los tres se encuentran debido a un infortunado accidente y una mala decisión. Finalmente, el espectro se amplía al mundo entero, cuatro culturas, la mexicana, la estadounidense, la marroquí y la japonesa, representadas en personas comunes que se interrelacionarán y verán afectadas por un objeto, un rifle y una mala decisión, un accidente.

De ahí que no debemos preocuparnos por el hoy, mejor por el mañana. Así las cosas, cada acción, persona, decisión y situación deja de valer por sí misma, para orientarse solo en el futuro. Esto implica personas siempre en movimiento, queriendo rendir, ser mejores, trabajando, imponiéndose arduas tareas para llegar a esos mejores lugares (Han, 2015a).

En tal tipo de narrativa no hay lugar para esperar, para detenerse y solo estar ahí. Los encuentros con los otros y lo otro son vacíos. Sin embargo, la narrativa de red plantea precisamente lo contrario, la valoración de cada acontecimiento, persona y acción humanas en sí mismas. Es la narración que se teje y entiende que un suceso y una decisión son como un punto de la red, que se fundamenta y puede articular otros. Además, que si es pertinente, la persona puede obviar uno de esos puntos y no por ello la red dejará de funcionar. Somos memoria y olvido.

Aquí el tiempo no transcurre, se entrama. Lo importante es la red, el sentido que articula el tejido de los puntos. Narrar en red significa que alrededor de un café, un vino, una cerveza o una comida nos unimos, nos detenemos y todos los participantes tramamos una historia en la cual estamos vinculados desde diferentes perspectivas. Esta narrativa no especula en el futuro, ni se concentra en el pasado, se alimenta de los presentes de cada persona, de cada acción, de cada decisión.

Ahora bien, la tercera característica de las narrativas es su especialización en la elaboración de vínculos entre lo excepcional y lo corriente (Bruner, 2009, p. 63). Los relatos desarrollan y adquieren su significado para las personas, dando cuenta de las desviaciones de lo habitual de forma comprensible, esto desarrolla una especie de *lógica imposible*. Aquello que es tremendo y extraordinario adquiere comprensión por medio del relato narrado.

Un ejemplo de ello sucede en el lenguaje de la poesía y el mito. Allí se hace comprensible lo incomprensible. Y cada vez que se narra una poesía o un mito, la conciencia eleva o expande su

comprensión y es capaz de captar nuevos sentidos. Además, esta característica lleva implícito el hecho de que con una misma relación de acontecimiento se pueden construir diferentes tramas o que una trama pueda tener significados diversos para un grupo de personas (Ricoeur, 2009, p. 48).

Como cuarta característica de las narrativas tenemos la dimensión dramática (Bruner, 2007, p. 66), la cual se centra en las consecuencias morales que tienen las desviaciones respecto al canon. Tales desviaciones se ajustan a la legitimidad, el compromiso moral o a los valores del narrador en medio de un contexto cultural o social. Las narrativas, como organización y sucesión de los acontecimientos y acciones humanas, se orientan a la manifestación de lo moralmente válido o apropiado, de lo legitimado por el grupo o la persona.

En los relatos de vida “se explica o, incluso, se corrige moralmente un problema” (Bruner, 2009, p. 67). De ahí que para Pi, en la historia de Martel (2001), la narración cargada de animales y aventuras extraordinarias sea la más acorde para sus fines. Esta historia se ciñe a lo valorado por él y por la comunidad: se trata de una extrapolación de una gesta heroica en medio de las penurias y *no tan santas acciones* de un sobreviviente.

En las narrativas se justifican con posterioridad las acciones que se han contado, quizá en razón a que otro factor de las narrativas, como dice Leonor Arfuch (2002), es que al hablar de acciones humanas siempre se remite a un *tú* (p. 93). Con un *tú* que hace las veces de lector, de escucha de la narrativa, justificamos lo que hacemos ante otro, bien sea externo —los otros, la comunidad— o interno —mi voz interior, mi conciencia ante la cual me desdollo—. En todo caso, narrar, como dice Bruner, supone la adopción de una postura moral, incluso si se está subvirtiendo la perspectiva moral autorizada (2009, p. 67).

Una quinta y última característica de las narrativas, delineada por Bruner, es lo que él llama “paisaje dual” (2009, p. 67). De la

misma manera que existen dos tiempos, uno físico y otro interno, también existen dos tipos de acontecimientos y acciones: unos que suceden como el resultado de las situaciones físicas, allá afuera y que pueden ser aleatorios; y otros que van siendo representados en la conciencia de la persona.

Los acontecimientos y acciones externos o mentales corren simultáneamente por un mundo *real*. Esto implica que la diferencia ocurre, entonces, en la medida en que los hechos mediados por una serie de convenciones culturales se fracturan en la representación mental de la persona, en razón a sus intencionalidades, percepciones, relaciones y comprensiones.

Es importante insistir, como hemos mencionado en el segundo capítulo, que no siempre existe una relación de proporcionalidad directa entre la narrativa de una persona y la del grupo. De eso dan cuenta los trastornos mentales, que hacen percibir las cosas de una manera diferente a la planteada por los demás. Recordemos que cerebro y conciencia son lo mismo y que, además, se enmarcan dentro de procesos bioelectropsicosociales, por lo cual nuestra forma de representar —nuestra simulación interna de la realidad— se hace susceptible a sustancias, lógicas, pensamientos, ideologías, conocimientos, enfermedades, lesiones, sentimientos y afectos.

De ahí que podamos decir que tal desarrollo interno de los acontecimientos no implica, la mayoría de las veces, que se ajuste a los condicionamientos culturales. Por el contrario, estamos involucrados en interpretaciones subjetivas de lo que pasa allí afuera. Aunque sí es posible llegar a acuerdos —para eso es el lenguaje—, lo que genera que algunas maneras de representar la *realidad* se impongan, como las identidades transnacionales, sobre las otras.

Como alerta Harari, “además de árboles, ríos, miedos y deseos, el mundo de los *sapiens* contiene también relatos sobre dinero, dioses, naciones y compañías” (Harari, 2016, p. 177), que se han

convertido en grandes ficciones de la humanidad. Ficciones que les permitieron trabajar cooperativamente a cientos de seres humanos a pesar de no compartir tiempo o espacio. Tal vez eso es lo que han hecho las grandes teorías sobre el origen del universo, las apuestas religiosas, el desarrollo económico, la producción mundial y la valía de la academia, han ocasionado que consideremos un espacio común para el *avance de la humanidad*.

Con todo, ciencia, disciplina, epistemología objetivista, construcciónista y subjetivista, son concepciones que se entrelazan en diferentes narrativas-ficciones y que arrastran contenidos históricos, culturales y sociales que permiten visualizar u ocultar aristas de la realidad. Una hipótesis, una teoría o un ejercicio de investigación cumple con algunas, si no con todas, las condiciones de las narrativas, toda vez que son maneras de organizar lo aleatorio por medio de una secuencialidad. A través de ellas se da sentido a una porción de la realidad, implican fracturas entre realidades y tiempos internos y externos del ser humano, son representaciones de una persona o comunidad sobre una *realidad* o proceso en ella.

En esa medida, la ciencia o las disciplinas, igual que la educación, presuponen concepciones arquetípicas y *performativas* de la cultura y la sociedad. Esto significa que las teorías, de la misma forma que los mitos y leyendas, son narrativas que le dan la posibilidad a los seres humanos de relacionarse con la aleatoriedad del universo.

Finalmente, como partícipes de una orientación científica, religiosa, política o como miembros de una comunidad cultural o étnica, lo que hacemos cuando narramos es representar nuestras vidas, nuestros modos de concebir y gestionar el conocimiento sobre la realidad, sobre el mundo en que vivimos. Científicos, chamanes, estudiantes, políticos, madres, hijos, hombres, mujeres, homosexuales, varones, asalariados y empresarios somos Pi, todos nos narramos para que esta vida adquiera sentido.

Poetas, juglares e historiadores. Dedicados al *storytelling*

Como seres humanos tenemos la imperiosa necesidad de narrar: narramos cuentos, chismes, teorías e hipótesis. Lo primero que hacemos cuando aprendemos a dominar las palabras es contar y aprender historias.

Ya en el colegio nuestro espectro se amplía a otras maneras de narrar que no necesariamente nos implican. Escuchamos historias sobre personas, países y teorías que quizá nunca conozcamos o utilicemos, salvo en ese corto tiempo, y en ocasiones solo para responder a una u otra evaluación. Ya de adultos, reproducimos esas historias, claro que con nuestros respectivos acentos y para representar y comprender nuestras vidas. Al parecer esta práctica de narrar está muy arraigada en nuestra forma de ser y hacer en el mundo. Nuestra genética misma cuenta una larga historia. Narrar es quizá una de nuestras dimensiones como *Homos sapiens*.

Para Bruner, nosotros tenemos una predisposición *primitiva e innata* que permite la organización de las narrativas, lo cual nos permite su comprensión y utilización en nuestros primeros años de vida. Bastan los primeros tres años de vida para adquirir la estructura lingüística de nuestro idioma. En ese tiempo aprendemos a utilizar algunas palabras y el efecto que pueden causar.

Después, continúa Bruner, “la cultura nos equipa enseguida con nuevos poderes narrativos gracias al conjunto de herramientas que la caracteriza y a las tradiciones de contar e interpretar en las que comenzamos a participar muy pronto” (2009, pp. 92-93). Allí entramos como participantes novatos que se acomodan a las estructuras preestablecidas. Tal vez por ello tendemos a naturalizar conceptos y prácticas que no siempre coadyuvan al desarrollo humano integral.

En todo caso, la humanidad es especialmente una narradora de historias, que la configuran y le permiten organizar y dar sentido a

su existencia. Como dijimos en el anterior acápite, la tesis de Harari (2015; 2016) que plantea la idea de una serie de ficciones —o narrativas en nuestros términos—, que nos dieron la posibilidad de trabajar en conjunto por unos mismos ideales, se configura en una perspectiva que nos ayuda a entender las dinámicas propias de la humanidad como narradora de la vida.

Imaginemos por un momento a los primeros hombres y mujeres modernos. Vivían en cuevas y después de una larga jornada se encontraban al calor del fuego para cocer los alimentos. ¿Qué hacer con todo lo vivido durante el día? Muchas imágenes cargaban sus mentes, lo mejor era compartirlas. De ello dependían las próximas acciones, planes de caza o recolección, quedarse en la cueva o desplazarse a otras zonas más ricas en comida y abrigo.

Había que tomar decisiones. ¿Cómo hacer para que todos participaran teniendo en cuenta que siempre hay disidentes en todos los grupos? Tal vez narrando ideales comunes, historias de lugares más plenos, menos peligrosos. Quizá historias de seres excepcionales que enviaban mensajes y pedían un trabajo orientado y comunitario para obtener beneficios. Por lo que fuera, narrativa e imaginación se constituyeron en los cimientos de muchos de nuestros desarrollos humanos conjuntos.

En la época antigua seguramente quienes poseían la posibilidad de narrar también tenían la oportunidad de agrupar diversas conciencias. Homero será un gran poeta que recogerá lo mejor de la tradición helenística. Mediante una narrativa circular entronizará a los escuchas en una serie de situaciones y gestas en las cuales los dioses y los seres humanos somos los protagonistas.

En la época antigua los poemas de la *Iliada* y la *Odisea* no solo eran relatos, sino historias de hombres reales, que se enfrentaban a toda serie de sucesos, bestias y dioses para obtener el favor divino o de otros hombres. Estas narrativas servían de metáfora para comprender qué es lo propio del hombre: un ser dotado de inteligencia que se enfrenta a grandes trabajos, como Heracles —Hércules,

para los romanos—, para obtener la gloria y la vida eterna en las líneas de la historia.

Posteriormente, aparecen los relatos romanos, donde historias como la de Rómulo y Remo ponen las bases para comprender el origen de la gran Roma. Nace otro género de narrativa que no solo cuenta los periplos de las deidades, sino las particularidades humanas, una especie de recolección de la gesta humana. Lucius Livius Andronicus será un liberto precursor de la poesía romana e introductor de la poesía épica, la tragedia, la comedia e incluso la poesía lírica griega en Roma. Aparecen en los labios y escritos de los romanos la épica, de Varron de Altax, Virgilio y Ovidio, y la epopeya como poemas de guerra, en los cuales los seres humanos intervenían con grandes empresas junto a entidades sobrenaturales.

Ya entrado el cristianismo en Roma, puestas las bases literarias, otras serán las narraciones. Un Dios judío, el hijo de un carpintero que resucita y unos cuantos discípulos que comparten el pan y llevan una vida de pobreza será una de las narrativas más contundentes que, junto con las de Siddharta Gautama y Mahoma, prácticamente, serán las bases para la forma como las conciencias de Oriente y Occidente habitarán en este planeta.

Nuestros lenguajes, las palabras y sus significados arrastran tras de sí contenidos que se produjeron en el marco de dichas narrativas. Cómo entendemos el mundo de hoy está categorizado y organizado desde dichas estructuras narrativas. En la Edad Media, poetas y juglares recorrerán diversos caminos y con sus instrumentos musicales llevarán historias de un lado para otro. Además, correrán paralelas las historias narradas en los libros de caballería, la Biblia, los comentarios y las *summas* en las escuelas catedralicias y, más adelante, en las universidades.

Ahora bien, hace unos quinientos años aparece otro tipo de narrativa que trata de representar los fenómenos naturales a través de fórmulas y operaciones matemáticas. El universo se hace un gran mecanismo y el hombre, aquel que tiene que descifrar,

representar e interpretar su funcionamiento (Arana, 2015). La modernidad establecerá las bases para que la humanidad acreciente su poder dominante sobre la naturaleza.

Surge la ciencia moderna con su método científico y una serie de narrativas entronizadas en lenguajes técnicos, que distarán un buen tramo del hombre que camina por las calles. Además, ya no serán los poetas o juglares sino los científicos los encargados de narrar las historias. En estas narraciones el hombre solo es intérprete, muy pocas veces aparece como protagonista, y las entidades sobrenaturales que todo lo controlaban, quedan atrás. Quizá por ello las narrativas míticas aún conservan tanto poder, porque involucran como protagonista al ser humano en lo que cuentan. Así, lo introducen en una atmósfera que es producida y reproducida desde los resortes de la acción e intención humana.

Con tal propósito, hoy en día se habla de una técnica *novísima*, el *storytelling* o arte de contar historias. Esta herramienta, en el marco del entrenamiento en *coaching*, busca inspirar a un grupo mediante la narración de experiencias, aprendizajes, acontecimientos o personas, con lo cual se crea una coordinación de sentidos para que se opte por un mismo fin, el deseado. Esto puede deberse a lo que Bruner indica:

Una de las formas más poderosas de estabilidad social radica en la tendencia de los seres humanos a compartir historias que versan sobre la diversidad de lo humano, y a proporcionar interpretaciones congruentes con los distintos compromisos morales y obligaciones institucionales que imponen en cada cultura. (2009, p. 82)

El narrador, en estas circunstancias, se encarga de contar historias *reales* con un fuerte contenido afectivo que lleva a distintas personas a organizarse y orientarse hacia ideales compartidos. Nos parece entonces, que la técnica, según hemos visto en párrafos anteriores, no es tan nueva, por el contrario, es el uso de nuestra dimensión de narradores.

En todo caso, la existencia de narrativas implica que aparezcan narradores oficiales y extraoficiales. Los primeros poseen el poder de la palabra y, por ende, de la verdad o significados contenidos en ellas y los segundos, por el contrario, no tienen ese poder o sencillamente van en contra del oficialismo. Pese a que las estructuras formales en muchas ocasiones se yerguen como hegemónicas, totalitarias y autoritarias, que todo lo controlan, también surgen, al margen, algunas narrativas y narradores extraoficiales que cobran la misma fuerza e importancia. Ellos llenan los vacíos, insatisfacciones y sentidos que lo oficial no colma.

En medio del cristianismo occidental, por ejemplo, aparecen las narrativas ancestrales, la cartomancia, la nigromancia, la quiromancia, la cura con hierbas, los herejes. En las comunidades androcéntricas y patriarcales surgen los relatos de la mujer, la bruja, la puta y los homosexuales; para los blancos occidentales llega el esclavo, el negro, el indio; en los Estados totalitarios irrumpe el guerrillero, el terrorista; como contraste de los fanáticos y violentos encontramos a las víctimas; frente al positivismo moderno, las apuestas críticas. En fin, el otro que no es precisamente el protagonista de las cátedras ofertadas dentro de las aulas occidentales.

Hollywood en nuestra hoguera. Narrativas o ficciones contemporáneas

Hay verdades que en determinado momento se caen, se rompen, como cuando una máscara es retirada de tu rostro. Esta sensación es dolorosa y desconcertante, pues es una situación que cambia la manera como uno ve, piensa y se relaciona con el mundo. Recuerdo así la clase Sagradas Escrituras, donde el profesor explicaba la salida de los israelitas de Egipto.

La mayoría recordamos esta escena gracias a películas de Hollywood, como *Los diez mandamientos* (DeMille, 1956), donde

Charlton Heston aparecía como Moisés. En tal producción fil-mica el escape de los judíos es una gran hazaña: después de mu-chas precariedades, luchas, enfermedades y plagas, el gran faraón, Ramsés II, permite que cientos, si no miles, de esclavos salgan ha-cia su tierra prometida, de lo cual se arrepentirá posteriormente.

Llegados a orillas del mar Rojo, los israelitas quedarán entre las tropas del faraón que los persiguen y el mar. Ante esta situa-ción, Dios, por mediación de Moisés, abrirá un enorme surco que dividirá el mar en dos, le permitirá pasar al pueblo de Dios hasta el otro extremo y dejar tras de sí a los guerreros egipcios.

Lo cierto es que el profesor de Biblia distaba mucho de esa escenificación hollywoodense. Para los estudios bíblicos, aunque tal escena es una representación de la gracia de Dios y de cómo un pueblo vive esas experiencias salvíficas, no fueron más de cien-tos, en pequeños grupos, las personas que huyeron de Egipto, y el mar en ningún momento se abrió con tal majestuosidad, sus aguas bajan en ciertas épocas del año y en determinados zonas, posibi-litando pasar a pie hasta otros lugares.

Así como muchos recordamos o creemos que fue tal aconteci-miento salvífico, gracias a las producciones de Hollywood, así puede que estemos viendo muchas de las *verdades* o *realidades* en las que nos movemos. Tal vez no han llegado solo por la gran pantalla, lo han hecho por medio de las narrativas que circulan en nuestra cultura y a través de la tecnologías de la información y la comunicación.

Recordemos que las narrativas organizan una serie de aconte-cimientos secuencialmente, donde el protagonista, por lo general, es el ser humano. Lo cual es relevante puesto que produce senti-dos, precisamente, para el grupo de personas donde circula, por-que desde allí logran leer, interpretar, comprender y prescribir la realidad en la que viven.

La creación de narrativas le permite al hombre moderno ha-cerse con ideas complejas y fuera de los planos físicos. Cada vez que se contaba un mito, por ejemplo, este elevaba la comprensión de

conceptos comunes para la comunidad que los compartía. Además, estructuraba en los miembros del grupo una manera de observar, leer, interpretar y comprender aquello con lo que se enfrentaban. De ahí que diferentes mitos y narrativas han estructurado distintas comprensiones del mundo. Este es el poder del lenguaje: “Donde hay diferencias de lenguaje debe haber [¿o debería haber?] diferencias cognitivas” (Bruner, 2007, p. 151).

Estas narraciones cobran fuerza al involucrar a las personas desde su irrupción en el mundo de la vida. Cuando alguien nace y empieza a hacer parte de una comunidad, el mundo ya deviene, lo único que hace el recién nacido es empezar a adaptarse y acomodarse a las prescripciones grupales. No es raro, entonces, que para Harari “las ficciones acostumbren a la gente, casi desde el momento del nacimiento, a pensar de determinada forma, a comportarse de acuerdo con determinados estándares, desear ciertas cosas y observar determinadas normas” (2015, p. 185).

Hoy, en el plano mundial, poseemos ficciones comunes que, de la misma manera que las identidades transnacionales, circulan afectando o consolidando el modo como los seres humanos actuales percibimos y estructuramos la realidad. Al respecto MacNeill (1965), referenciado por Bruner (2007), concluye que la:

Lengua no influye en la percepción, sino solo en la memoria. Propone que la representación perceptiva consta tanto de un esquema —la etiqueta lingüística— como de una corrección —la imagen visual—, pero con el tiempo la corrección y su etiqueta tienden a desaparecer, explicando así la influencia del lenguaje sobre la memoria. (p. 160)

En las narrativas circulantes se contiene la memoria de una cultura. Cuando son expresadas se va afectando la historia —en términos de pasado y presente como acción humana—, por lo cual tendemos a ser lo que logramos recordar. En otras palabras, somos lo que recordamos, bien sea por experiencia directa o implantada, de nuestra significatividad histórica.

Aquellos hechos que no son relevantes y no se encuentran amarrados a nuestra historia, sencillamente no significan y no concurren con nuestra forma de percibir la vida, pues nuestra conciencia puede “crear falsos recuerdos, tiene el poder de delinear paisajes imaginarios, de tomar por verdaderas experiencias *implantadas* mediante distintas estrategias y procedimientos” (Oliverio, 2013, p. 150), siempre y cuando dichas experiencias estén relacionadas con lo cercano, lo significativo.

Con las narrativas se va definiendo un modo de ser y apropiarse la realidad, pues su significatividad hace que tengan más valía para nuestra mente-conciencia. La conciencia, en esa lógica, es la narrativa que hemos construido en medio de nuestro tiempo y espacio, que nos permite operar en ellos. Las narrativas fungen, entonces, como expresiones vitales de la manera como nuestra conciencia va consolidando mapas de los paisajes y parques a propósito de lo que comprende como realidad.

En esos paisajes la conciencia va delineando caminos, rutas que preestablecen lugares comunes por los cuales transitamos muchos de nosotros como seres humanos. Esas rutas comunes, como lo planteamos líneas arriba, es lo que Harari denomina *ficciones* (2015; 2016) y lo que llamamos aquí *narrativas*. Uno de los grandes logros de la humanidad ha sido compartir narrativas que le hayan permitido la organización de *mundos unificados*. Hoy en día compartimos los sistemas geopolítico, económico, legal y científico (Harari, 2015, pp. 191-192) a escala global, lo cual abre las posibilidades para que, en términos generales, podamos dialogar o discutir en el marco de los mismos referentes.

Harari entiende que son tres las ficciones que gobiernan la conciencia del ser humano actual: la económica, la política y la religiosa (2015, pp. 196-262). A estas podemos agregar la educación —aquí cabe también la ciencia— y el éxito. Todas ellas fundamentadas necesariamente en los conceptos de capitalismo y globalización, y reconocidas por sus respectivos validadores. Como

puntualizan Pilar Carrera-Santafé y Eduardo Luque-Guerrero (2016), el gran triunfo de la globalización y el neoliberalismo ha sido convertirse no solo “en el producto dominante sino en transformarse en el único pensamiento de los excluidos. La ideología está sencillamente allí, dentro del *sentido común de la gente* y se genera de forma natural dentro de la vida diaria” (Carrera-Santafé y Luque-Guerrero, 2016, p. 19).

Es un asunto de autoimposición, de una *enfermedad neuronal* que no encuentra diferencia entre el amigo y el enemigo, con el otro, porque no existe tal límite, ambos están dentro, ambos son el mismo (Han, 2015, pp. 11-23; 2017, pp. 37-46, 67-72). Así, cuando no hay distinción entre adentro y afuera, el tú y el yo, el amigo y el enemigo, cualquier decisión que se tome estará bien. Eso obliga a que uno entre en umbrales peligrosos para las potencialidades humanas, pensando que se es libre para hacerlo.

Es como en la novela de Ray Loriga (2017), *Rendición*, donde se narra una historia distópica en la cual diversas personas han sufrido una guerra y para evacuarlos y salvarlos son llevados a “la ciudad transparente”. Allí no están obligados a vivir, solo están los que quieren hacerlo. Al parecer todos los habitantes hacen una elección libre que los condena a vivir en el escrutinio total, bajo la luz constante de los paneles de cristal y la vista de todos, pues las paredes son transparentes y puede observarse su comportamiento. En ese lugar todos son felices porque la ciudad les proporciona lo que necesitan.

En cuanto a la ficción económica, desde el momento en que se empezaron a acuñar las primeras monedas con los símbolos del poder de turno, estos artefactos han circulado dando la posibilidad de llevar consigo un valor que se puede intercambiar por bienes. La fuerza de estos símbolos radica en la medida en que todos coincidimos en que tienen una valía. Algunos, es claro, tienen más valor que otros. Por ejemplo, monedas como el dólar son de intercambio y aceptación casi que global, lo cual lo dota

de una fortaleza que, desde luego, potencia su incidencia en las economías particulares de cada Estado.

El flujo de la moneda, en el marco de la economía neoliberal, es constante y representa, para quienes la poseen, la capacidad de adquirir o intercambiar bienes. En este sistema hay quienes tiene mucho y quienes no. A estos últimos les toca la peor parte, puesto que no tener dinero dentro de sus bolsillos no les permite ser miembros del mercado de consumo. Esto los deja al margen y sin acceso a las posibilidades que se supone garantiza el mercado: posesiones, bienes, movilidad y calidad de vida para todo el mundo.

Finalmente, las políticas mundiales, surgidas en Occidente, hablan de la expansión de los derechos humanos que suponen una igualdad para todo el mundo, e *igualdad* significa mismos derechos y oportunidades. Además, para algunos, que no poseen los recursos monetarios, el medio de adquirirlos es a través del trabajo, que convierten en un fin y no en un medio, es decir, se involucran en procesos donde el trabajo es el centro de sus vidas, dejan de lado lo propio para entrar en la lógicas de las máquinas, producir más y mejor.

En el trabajo, así, se intercambia tiempo de vida por papel moneda y este a su vez por bienes, lo cual no siempre garantiza que se llegue a tener una calidad de vida satisfactoria. Ya hemos visto, en la lógica de Han (2015a), que el deseo de tener nos ha llevado a ser personas de rendimiento, que se autoflagelan hasta el cansancio con tal de obtener una membresía en el selecto club del mercado.

Por su parte, la política es un fenómeno que ha devenido en estructuras que articulan las dinámicas de los países desde las particularidades económicas. Hoy podemos ver que una gran mayoría de los Estados reconoce conceptos como el de los derechos humanos y que se han acogido a ellos para poder actuar como miembros en la economía. No es coincidencia que quienes no estén en ese círculo sean intervenidos o no obtengan los beneficios de obtener préstamos, ayudas o permisos para un libre comercio de sus productos.

De ahí que, por dar un ejemplo, sea tan importante para muchos estados el sufragio de los ciudadanos estadounidenses. La elección del presidente de los Estados Unidos de América representa movimientos económicos y políticos a un nivel mundial. Todos desean saber en qué términos quedan frente a las políticas de turno.

Otro caso de las políticas mundiales es el sistema educativo (Carrera-Santafé y Luque-Guerrero, 2016), con el cual se busca que las escuelas realicen una formación correspondiente al modelo social actual, el neoliberal. No es gratis que se promuevan concepciones y prácticas en los mismos tonos que se utilizan en la polifonía empresarial. Hoy hablamos de formar en competencias a los estudiantes. Las cuales se conciben como condiciones y conocimientos propios para que un estudiante logre desempeñar determinadas funciones de la mejor manera —eficiencia y eficacia— en un entorno laboral, es el aprender a hacer.

Además, es evidente que el Banco Mundial (BM), el Fondo Monetario Internacional (FMI) y la Organización Mundial del Comercio (OMC) son las instituciones que están marcando los estándares de las políticas públicas y, por ende, de su puesta en práctica en el contexto global (Stiglitz, 2002, pp. 27-49). Estas instituciones están preocupadas por un sistema educativo que sustente la competitividad, a través de estándares de eficacia y calidad, de las economías globales. De ahí que nuestros estudiantes, bajo estas políticas mundiales, entren a hacer propias dentro de sus conciencias las lógicas del libre mercado, de la competencia, de la producción-consumo y de la sociedad de rendimiento.

Por otro lado, la religión es otra ficción-narrativa común, que desde tiempos ancestrales ha permitido un mundo común en el cual vivir. Gran parte de los conceptos sobre los cuales se sustenta nuestra idea de mundo actual están arraigados en las narrativas religiosas. Por ejemplo, hoy en día, en Latinoamérica, para muchos, a pesar de no ser cristianos, les es fácil comprender conceptos

como el de alma, sacrificio, santidad, donación, bueno, malo, ángel y demonio en la lógica judeorromanocristiana.

Culturalmente somos cristianos y entendemos el mundo desde esos presupuestos. Valoramos aquello que es puro, santo, virginal, y rechazamos lo que signifique contaminado y demoníaco. De esa manera nuestra identidad se orienta a lo bueno y oficial, dejando de lado narrativas como lo ancestral, el ocultismo, la brujería y lo *antinatural* de los otros géneros (LGTBI).

Cuando pensamos en la educación como una narrativa común, lo hacemos creyendo que es el lugar donde se validan muchas de nuestras identidades. La ciencia es uno de esos fenómenos que aparecen como criterios para identificar a unos y a otros, y que está firmemente arraigado en la idea de educación. La actual sociedad occidental tomó como uno de los criterios de validez científica el hecho de que una persona atravesase el largo y tortuoso camino de la formación. En ese tiempo, que cada vez inicia más temprano, el ser humano va aprendiendo y reproduciendo esquemas y lógicas que le permiten relacionarse y ser parte del sistema.

La educación, entonces, como lo planteamos en el tercer capítulo y en el anterior apartado, sirve de marco para la creación y reproducción de etiquetas y de identidades. Así, el sujeto adquiere las herramientas que le permiten interpretar los códigos —lenguajes técnicos, teorías y metodologías— que lo validan para entrar en diálogo con los otros miembros de las esferas científicas.

Lo anterior evidencia que la educación no es un sistema libre de ideologías, por el contrario, contiene aspectos que hablan de una serie de intencionalidades organizadas, para que mediante acciones o prácticas se oriente a un grupo de personas hacia determinado fin. En esa visión hemos de preguntarnos ahora: ¿cuál es la intencionalidad del actual sistema educativo?, ¿por qué tanto interés de las grandes corporaciones y las entidades gubernamentales por la formación de la masa social?, ¿por qué en ciertos escenarios se configuran determinadas disciplinas y no

otras? y ¿qué incidencia tiene un determinado tipo de formación en la sociedad?

Es más, en el aula de clases, con respecto al docente: ¿por qué nos trae ciertos conocimientos y no otros?, ¿qué pasa con los conocimientos en la penumbra, por qué los oculta?, ¿por qué unas lecturas y no otras?, ¿por qué evalúa de una manera y no de otra?, ¿qué persigue con determinada didáctica de enseñanza donde solo él habla y trae a los autores? Y otras tantas que pueden desprenderse de este asunto.

Los anteriores cuestionamientos nos permitan no solo rastrear las intencionalidades sino también los posibles problemas y soluciones que enfrenta nuestra sociedad. Es claro, en nuestras narrativas, que nos estamos ajustando a modelos y estándares comportamentales —operamos así— de una sociedad de consumo, donde adquirimos una gran cantidad de títulos para que la ciencia, las compañías y el mercado nos validen, y podamos entrar a engrosar el gran músculo de la fuerza laboral y de consumo. Quienes no son validados son desechados por el sistema o, cuando más, pasan a asumir etiquetas de segunda o tercera clase: disciplinas menores, oficios nobles, auxiliares, técnicos, tecnólogos, etc.

No menos importante es dedicarle unas líneas a una de las ficciones mejor vendidas y a la cual, es claro, ingresamos por voluntad propia: el éxito. En este momento existen pocas personas que rechazan la posibilidad de obtener el éxito. Esta idea elaborada por la cultura, expuesta —reproducida— por la educación y la publicidad, y entronizada en el centro de nuestro panteón neoliberal, es aromatizada y alabada con el incienso de nuestros propios esfuerzos diarios. A ella ingresamos, porque éxito y vida perfecta son equiparables.

La idea de éxito que tenemos habla de deseo y perfección. Deseo, porque es lo que la publicidad mueve en nosotros; al ser lo más íntimo y primitivo, lo vimos en el primer capítulo, hace que despierte una firme orientación hacia las fulgurantes, torneadas

y delicadas siluetas demarcadas en las pantallas. La intención es romper una de las funciones del lóbulo prefrontal, inhibir. Y perfección, porque, vendida como algo fácil de alcanzar⁴, se correlaciona con los deseos personales orientados por una narrativa lineal de desarrollo. Una narrativa que implica que habrá algo mejor esperándonos con los brazos abiertos más adelante. En ambos términos —deseo y perfección—, todos deseamos tener una profesión perfecta, una casa perfecta, una empresa perfecta, un trabajo perfecto, un carro perfecto, una chequera perfecta, una apariencia perfecta y, desde luego, una pareja perfecta.

Dentro de la narrativa del éxito nos venden títulos, vehículos, accesorios, planes de viajes y hasta planes exequiales. Trabajamos, compramos y tiramos, hay que hacer espacio para más perfección, siempre habrá algo mejor al voltear la esquina. Así, el mercado sigue avanzando. El truco está en que, como dice Han, a esta dinámica entramos libremente y de “no-poder-poder-más [se] nos conduce a un destructivo reproche de sí mismo y a la autoagresión” (2015, p. 31).

Como se supone que el éxito es un trabajo personal⁵ no hay a quién culpar sino a uno mismo. Si no se obtiene, la autoagresión nos lleva a reproches, a condenas propias, de ahí a la frustración y, si no se controla, a la depresión. Por ello, en este momento, nuestra sociedad enfrenta una pandemia de depresión, porque lo prometido como un objetivo posible de alcanzar para todos no lo es, las condiciones no están dadas para ello.

4 Recordemos el concepto de *exceso de positividad* de Han, en la sociedad del cansancio (2015, pp. 25-32), el cual habla sobre la idea de que en este momento para las personas parece no haber imposibles, pues de existirlos implicaría que, en la lógica del rendimiento productivo y del consumo, en determinado nivel habría un efecto bloqueante que impide el crecimiento, el desarrollo.

5 El *self-made men* de Frederick Douglass (1995) y del sueño americano del que hablamos en el segundo capítulo.

En resumen, como seres humanos modernos hemos creado narrativas que, rompiendo con las barreras, particularidades y condicionamientos de la esfera física, nos han permitido vivir en mundos comunes. Desde estos trabajamos por ideas y proyectos conjuntos que pueden hacernos crecer o, por el contrario, reducir nuestras expectativas como seres integrales.

Estas narrativas tienen el poder de prescripción, por lo cual nuestro cerebro tiende a leer, interpretar y ver la realidad de una u otra manera según se lo contemos. Ello implica que la conciencia se apropia de dichas narrativas por su significatividad, haciendo que pensemos, nos comportemos y comuniquemos según las ficciones comunes circulantes en el momento presente. De ahí que para algunas cosas seamos veedores expertos y para otras ciegos totales, porque finalmente “cada uno anda [narra] caminos distintos en la vida y su búsqueda es distinta”; lo que hace que el “Grial [realidad-mundo] varíe con cada persona [cultura y sociedad], porque es un espejo que refleja nuestras ansias” (Molist-Pallas, 2009, p. 571).